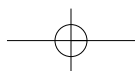
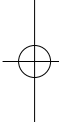
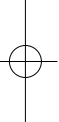


Cita en los infiernos

A*



Maurice Druon

Cita en los infiernos

Las grandes familias III

Traducción de Amparo Albajar

Libros del Asteroide 

Primera edició en Libros del Asteroide, 2010
Títol original: *Rendez-vous aux Enfers*

Queda rigurosament prohibida, sin la autorització escrita de los titulars del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Publicado originalmente bajo el título «RENDEZ-VOUS AUX ENFERS»

© 1948-1951 por M. Druon

© de la traducción, Amparo Albajar, a quien Libros del Asteroide S.L.U. reconoce su titularidad de los derechos de reproducción y su derecho a percibir las retribuciones que pudieren corresponderle.

© de la fotografía de cubierta, Popperfoto/Getty Images

© de esta edición: Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avión Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-92663-30-9

Depósito legal: B. 33.222-2010

Impreso por Reinbook S.L.

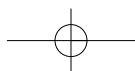
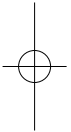
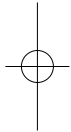
Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 10,5.

Índice

1	El baile de los monstruos	9
2	Ruptura	61
3	La edad de sufrir	103
4	Los Trianones	193
5	Regreso a Mauglaives	269
	Epílogo	289



1. El baile de los monstruos

I

La prefectura de policía estaba obligada a suministrar un oficial de la policía municipal y un destacamento de agentes cuando se esperaba a un ministro en una recepción; de ahí que, durante toda la segunda mitad de la primavera, no pasase día sin que un servicio especial de orden canalizase la circulación o hiciese aparcar los coches en batería a la puerta de un académico, del director de un periódico, de una duquesa, de un magistrado o de un gran banquero.

Los castaños de las avenidas lucían sus últimos tirsos blancos; los tulipanes estallaban en los macizos de las Tullerías, al pie de las estatuas de mármol y de las jóvenes parejas de los bancos petrificadas en ademán de darse un beso inmóvil.

Mientras tanto, todas las tardes, entre las cinco y las ocho, en las angosturas de los portillos del Louvre o en las aglomeraciones de la Ópera, detrás de los grandes autobuses verdes que llevaban su carga de trabajo y de cansancio, se amontonaba la marea de coches particulares, en cuyo interior se impacientaban personas importantes, o que creían serlo, o que querían serlo, y para quienes cada minuto perdido era como un nervio arrancado.

10 MAURICE DRUON

París estaba en plena «temporada».

A medida que les llegaba el turno, trescientas amas de casa hacían cambiar de sitio el mobiliario y bruñir la cubertería de plata, empleaban a los mismos sirvientes horas extras, desvalijaban los mismos floristas, encargaban los mismos canapés, las mismas pirámides de emparedados de pan de miga o de pan de centeno, rellenos con las mismas verduras y las mismas anchoas, y, tras la partida de los invitados, se encontraban el apartamento arrasado como un campo de batalla, los muebles cubiertos de copas vacías y de vajilla sucia, las alfombras chamuscadas por los cigarrillos, los manteles sembrados de manchas, la marquetería repleta de círculos pegajosos, las flores asfixiadas por los efluvios de la multitud, y entonces se dejaban caer, reventadas, en un sillón, pronunciando todas la misma frase:

—En conjunto, ha ido muy bien...

Y todas ellas, al día siguiente, si no la misma noche, venciendo su fatiga fingida o real, se precipitaban a recepciones idénticas.

Porque siempre se veía gravitar, empujarse, amontonarse, abrazarse, adularse, juzgarse u odiarse a los mismos centenares escasos de individuos, que pertenecían a lo más notorio del Parlamento, las letras, las artes, la medicina o los tribunales, a los más poderosos de las finanzas y los negocios, a los más sobresalientes de entre los extranjeros de paso, a los más prometedores o los más hábiles de la juventud, a los más ricos de entre los ricos, a los más ociosos de entre los ociosos, a los más granados de la aristocracia, a los más mundanos del mundo.

La aparición de un libro, el estreno de una película, la centésima representación de una obra de teatro, el regreso de un explorador, la partida de un diplomático, la inauguración de una galería de arte, el récord de un piloto; todo era un pretexto para un festejo.

Cada semana, alguna camarilla, con tal de que la prensa la apoyase, daba a conocer a un genio que no duraría ni dos meses, ahogado en su éxito como una antorcha en el humo.

París desplegaba tantos vestidos, joyas y adornos como sus oficios de arte y de moda podían producir. La invención y el buen gusto, así como el dinero, se derrochaban a manos llenas en la ropa, la apariencia y la decoración.

¡Prodigiosa feria de vanidades, como tal vez no haya existido otra jamás! ¿Qué impulso interior, qué necesidad movía a esa gente a recibirse, a invitarse, a responder a las invitaciones, a fingir placer en lugares donde se aburrían, a bailar por cortesía con compañeros que los disgustaban, a ofenderse si no figuraban en una lista de invitados, pero a quejarse cada vez que recibían otra invitación, a aplaudir obras o autores que despreciaban, a ser despreciados por los mismos a quienes aplaudían, a deshacerse en sonrisas a indiferentes, a declarar su misantropía, su cansancio del mundo, y a desbaratar en esos juegos curiosos su tiempo, sus fuerzas y su fortuna?

La verdad era que en esa feria en la que todos eran a la vez subastador y licitador, comprador y vendedor ambulante, se practicaba el trueque más sutil del mundo, el del poder y la fama.

El éxito y el poder no se venden, como se suele creer, sino que se cambian. Existen infinitamente menos prevaricadores, concusionarios, prebendados, turiferarios pagados y francas prostitutas de lo que se dice. La partida se rige por reglas mucho más sutiles: es el juego de la reciprocidad, una labor de arañas humanas en que cada cual, para lograr fabricar su tela, debe dejarse aprisionar en las telas de los demás. La feria de vanidades era, además, la feria de mujeres y chicos, porque, a fin de cuentas, el poder y el éxito no tienen otro fin que otorgar derechos en el amor, a no ser que

12 MAURICE DRUON

se conviertan en su sucedáneo. Los hombres del Gobierno conferían a aquel desfile de falsos y verdaderos valores un aura de consagración oficial.

De noche, los frontones de los grandes monumentos estaban iluminados por enormes proyectores, que daban una realidad feérica a las masas arquitectónicas, los bajorrelieves, las columnatas y los balaustres. Las fuentes de la Concordia estaban envueltas en una polvoreda húmeda y luminosa, y los primeros dignatarios de la República, entre guardias con calzones de piel blanca y tocados con cascos de crines, subían las escaleras de los teatros subvencionados para presidir fiestas cuya excusa era la caridad.

Además, aquel año se iba a inaugurar la Exposición Universal, la última de una sucesión que se remontaba a 1867 y que ya había producido cinco generaciones de pabellones de estuco, de propaganda y de medallas de oro. Así que habría dos «temporadas», y a la segunda, como conviene hacer de vez en cuando, se invitaría al pueblo.

II

Simon Lachaume llegó un poco antes de medianoche a la velada de Inès Sandoval. Doce días atrás había recibido la siguiente invitación:

LA CONDESA SANDOVAL
le espera en su casa,
entre algunos amigos elegidos, para su
BAILE DE LOS ANIMALES

(A su llegada encontrará una máscara imaginada y dibujada especialmente para usted por Anet Brayat.)

«¡Vaya! — se había dicho Simon—; ésta es la temporada durante la cual es condesa. Hay tantos extranjeros en París, en esta época...»

En invierno, envuelta en la elevada simplicidad de la gloria literaria, la poetisa no utilizaba su título nobiliario.

El amplio apartamento de Inès Sandoval, situado, o más bien anclado, en el segundo piso de un antiguo hotel particular del muelle de Orleans, se asemejaba al interior del castillo de un navío corsario. A la poetisa le encantaban las piedras preciosas a granel colocadas en copones, las pesadas sedas antiguas de bordes deshilados, las cruces ortodoxas, las vírgenes españolas con perlas muertas al cuello, las guitarras, los laúdes, las violas de manivela y los grandes cofres Renacimiento color humo. En lugar de puertas había cortinas bordadas en oro y abiertas por la mitad.

En la antesala, una inmensa pajarera repleta de cotorras azules, de canarios rizados y de bengalíes colmaba el ambiente de chillidos exóticos y de un olor pesado a alas cálidas. Varios gatos persas, de tupido pelaje beis, huían en silencio por las crujías, con la reencarnación de no se sabía qué remordimiento en sus ojos dorados, o simplemente la tristeza de la emasculación.

Animales disecados, pájaros embalsamados debajo de globos, loros de Sajonia o de Sèvres con el grito estrangulado en su garganta de porcelana, dogos de Shaftesbury sentados sobre las moquetas, tortugas labradas en su concha, dibujos aguados de inquietantes figuras felinas colgados en las paredes y muñecos de peluche que podrían haber estado en cualquier habitación infantil, acababan de sobrecargar la decoración.

Su tendencia animalista le había dictado a Inès Sandoval el tema del baile.

14 MAURICE DRUON

—Buenas noches, señor ministro. Creo que hay una máscara reservada para Su Excelencia —le dijo a Simon un sirviente vestido de negro.

«¿De qué me conoce este chico?», se preguntó Simon. Luego se dijo que aquel criado le habría dado de beber seis veces esa misma semana, y que le habría tendido su sombrero y sus guantes frente a seis puertas diferentes.

Una vez hubo explorado los restos de la decapitación de un parque zoológico, esparcidos por una gran mesa, el extra tendió al ministro un pulpo de cartón y tul. Simon se sonrió por sus recuerdos. En la época de su breve aventura con Inès, varios años antes, la poetisa acostumbraba a decirle:

—Eres mi pulpo adorado. Tus brazos me estrechan y me arrastran hacia las profundidades submarinas de la alegría.

Aquella máscara de cefalópodo era un delicado recuerdo de lejanos abrazos.

«¡Ojalá que no haya fotógrafos! —se dijo Simon—. Y si los hay, más vale llevar una máscara.»

Una multitud de seres, medio hombres, medio animales, o más bien medio hombres, medio monstruos, se apretujaba en un desorden de pesadilla. Los «algunos amigos elegidos» eran casi doscientos, y a ratos el griterío no dejaba oír la música. Para el baile de Inès Sandoval, el pintor vanguardista Anet Brayat había rehecho la Creación; las máscaras, nacidas de su imaginación, recomponían de forma insólita la obra del quinto día de Jehová. Buhos desgrenaños de caras violeta y picos dorados, enormes cabezas de moscas cuyos ojos emitían relámpagos de hilos de latón, conejos de piel de leopardo, serpientes con varias lenguas en las que había escrito: «francés, inglés, alemán, español», felinos de terciopelo granate, corderos de vellón cobrizo, asnos amarillos, pescados glaucos con una sierra de mano o un

martillo de niño en la frente, morsas tatuadas con signos telegráficos y con aislantes de porcelana a cada lado de la frente, esqueletos de caballos, abejorros con plumas, batracios índigos y pelícanos verdes se movían con sus fracs y sus largos vestidos de noche. Un comandante de la Legión de Honor enarbolaba una cabeza de león rosa adornada con bigotes de gendarme; unas trompas de elefante de gutapercha pendían delante de pecheras brillantes; brazos desnudos cargados de brazaletes de diamantes se alzaban no para agitar una borla de polvos, sino para colocar en su sitio una cresta de pintada o una aleta de raya.

Los invitados parecían complacidos del espectáculo que se daban los unos a los otros, y se divertían entrando en el personaje de su máscara. Se los oía cloquear, rebuznar, mugir, croar... Un cerdo malva se abría paso entre la multitud fingiendo hozar los senos de las mujeres.

En uno de los salones, aquel extraño mundo bípedo, particularmente amontonado, se contoneaba sin avanzar al ritmo, a veces ensordecido, otras ensordecedor, de la orquesta, cuyos músicos estaban disfrazados de monos. La estancia parecía una caldera infernal donde se hubieran volcado y hecho hervir todas las criaturas frustradas que inventan los enfermos en el delirio de la fiebre.

La anfitriona iba de grupo en grupo, con el rostro medio oculto bajo una máscara de pájaro de la que salían, a la altura de las orejas, dos grandes alas verdes que a su paso abofeteaban a las otras máscaras. Su vestido, del mismo color que las alas de la máscara, mostraba unos hombros muy hermosos.

Inès Sandoval sufría una ligera cojera de la pierna derecha, ya que tenía la cadera torcida, pero le sacaba un gran partido. Avanzaba trazando cuartos de círculo, girando ligeramente en torno a sí misma, como si echara hacia atrás

16 MAURICE DRUON

sin cesar una cola invisible y a cada paso iniciase una reverencia.

Todas sus frases parecían querer crear la ilusión de que sufría un exceso de espontaneidad. Cuando la felicitaban por el éxito de la fiesta, respondía:

—Pero ¡si no es mérito mío, en absoluto! Todo es cosa del talento de Brayat y de vuestra amistad.

Anet Brayat, un hombrecillo gordo, de pies redondos y levantados por la punta, se inclinaba, cortés, a sus cumplidos. Su abundante cabellera hirsuta y su barba rojiza surgían de un esmoquin tan sucio que parecía que hubiera estrechado la paleta contra el pecho antes de salir. Ante su rostro sostenía, con ayuda de un mango de madera, una máscara de macho cabrío, acuartelada por la risa de la comedia antigua, que daba a entender a los invitados algo así como: «Me he burlado bastante de ustedes, ¿verdad?».

Cabía preguntarse cómo Inès Sandoval, que siempre se lamentaba de no tener dinero, había podido permitirse montar aquella fiesta tan cara, y cómo Brayat, de costumbre abrumado de encargos y sin un céntimo, había encontrado tiempo para dibujar aquellas cabezas.

El compositor Auguérenc, disfrazado de tritón («Es para que Orfeo al fin lleve el delfín», le había musitado Inès), arrastró a Lachaume a un rincón, agarrándolo por las condecoraciones del ojal, y se lo explicó en un susurro. Bastaba con saber que la enorme, vieja y riquísima señora de Worms-Parnell, que aquella noche iba de paloma, había encargado otro juego completo de aquella serie de máscaras, para dar una fiesta idéntica en su casa, en América. Por otra parte, a fin de inmortalizar la velada, iba a nacer muy espontáneamente la idea de hacer una edición de tirada limitada de las acuarelas de Brayat, realizadas por un cuarteto de Inès, una edición a cuya suscripción los «ami-

gos elegidos» no podrían negarse, y que en principio daría un beneficio de doscientos mil francos.

Un fotógrafo cegó a quemarropa al compositor y al ministro de Educación Nacional, ocupados en sus perfidias. Simon esbozó un gesto de impaciencia. En ese mismo instante, a través del deslumbramiento del magnesio, vio a Sylvaine Dual, que se dirigía hacia él tocada con un caparazón de langosta. Por los andares falsamente desdeñosos de la comedianta, por la tensión de sus hombros, por la manera de manosear una polvera de orfebrería, Simon comprendió que se avecinaba una escena conyugal, y se separó a toda prisa de Auguérenc.

Tomó la mano de Sylvaine como si no se hubieran visto aquel mismo día, como si la comedianta no fuera su amante declarada, oficial, y maquinalmente llevó aquella mano a su máscara. Sintió que a su alrededor algunos monstruos, desde el fondo de sus ojos de sombra, los observaban.

— Ya ves que podrías haberme recogido perfectamente, o por lo menos mandarme a tu chófer — dijo Sylvaine —. En cualquier caso, observo que cuando una fiesta te divierte, las obligaciones del poder no te retienen tanto como de costumbre. Por supuesto, no podías perderte por mí ni cinco minutos de este encantador baile, que es lo más ridículo del mundo.

Llevaba un vestido que le moldeaba el cuerpo como un chorreo marino de lentejuelas, que le trababa las piernas y se ensanchaba en las rodillas en un vago movimiento de aletas, y que acentuaba la sensualidad de su cuerpo y de su ademán, desde el busto a los tobillos.

A todas luces, Sylvaine estaba furiosa porque no la habían fotografiado y no aparecería en las revistas mundanas junto a «su» ministro, estaba furiosa porque la máscara de langosta parecía encerrar una intención injuriosa por par-

te de Inès, y porque Simon la había dejado ir sola. Enredado en los tentáculos de tul que se le esparcían sobre el pecho, Simon contestó que el consejo de gabinete había terminado antes de lo previsto y que si había acudido a aquel baile era por puro deber de amistad.

—Porque hace diez años te acostabas con la señora, ya lo sabemos —replicó Sylvaine—. Y cuando el señor ministro va a casa de sus antiguas amantes, no quiere, sobre todo, llegar conmigo; no quiere, por nada del mundo, llegar conmigo, ni que parezca que viene con su pareja. ¡Qué cobarde eres con esas mujeres, mi pobre Simon! En fin, esta noche puedes estar contento; están todas aquí. Está tu querida Marthe Bonnefoy, que podría ser tu madre; está...

—Y tú no tienes a nadie, no tienes ningún recuerdo, ¿verdad? Tú eres pura, tú eres virgen. Wilner, por ejemplo, no está ahí —dijo Simon, señalando con discreción al ilustre dramaturgo, cuya altura y gravidez se reconocían bajo una cabeza de buey Apis con cuernos de oro—. Y si este encantador baile, como tú dices, fuera en casa de cualquiera de tus amigos, lo encontrarías perfecto.

A través de los agujeros de sus máscaras, la langosta y el pulpo se miraban con odio. Con todo, se esforzaban por hablar en voz baja, por fingir que se trataba de un sencillo aparte de salón, pero la cólera, encerrada en las cabezas de cartón, les zumbaba en los oídos.

—Sea como sea, yo no me avergüenzo de mostrarme contigo —siguió Sylvaine.

—Naturalmente; ¡tú sólo has salido ganando! —replicó Simon.

Tras largos meses de insistencia, de presiones y de intrigas, había logrado que Sylvaine entrase en la Comedia Francesa, y pensaba que ello le daba derecho a varias semanas de paz.

—¡Sinvergüenza! Serás sinvergüenza y grosero... —dijo Sylvaine—. Pues si es así, que te diviertas mucho, querido; yo intentaré hacer lo mismo.

Les separó un camarero que presentaba una bandeja.

«Siempre tendrá un alma de mantenida», pensó Simon, alejándose. Se dijo que su romance iba a terminar de forma inmediata e inevitable, pero hacía cinco años que albergaba la misma certeza; nunca había roto con ninguna mujer con tanta frecuencia como con Sylvaine. Algún día tendría que ocurrir.

«¿Cómo se puede amar a un ser a quien se desprecia sin volverse uno mismo despreciable?» Ésa era la pregunta que aquel amor le había planteado sin cesar.

Y Simon se preguntaba qué mujer conseguiría separarlo de Sylvaine. En los últimos tiempos, ningún encuentro ni ninguna aventura de las que callaba o fingía callar le había inspirado un sentimiento verdadero.

¿Quién le había dicho tiempo atrás...? Debía de ser Jean de La Monnerie, sí, fue el viejo poeta quien le dijo un día: «Ya lo verá; a partir de cierta edad, sólo se empieza a amar a una mujer para liberarse de otra. Y es entonces cuando los amores se vuelven infernales».

III

En una fiesta de disfraces, especialmente de esta clase, todo el mundo identifica a los demás de inmediato, y los únicos que no se reconocen suelen ser los que nunca se han visto antes. Varias máscaras se mostraron intrigadas por una pareja que acababa de entrar; búfalos, búhos, conejos y rinocerontes inclinaron la cabeza para preguntarse de pico a oreja: «¿Quiénes son éstos?».